

## REC

Tal y como se me pidió, me senté en la terraza y esperé pacientemente a que lo trajeran. En pocos minutos vi que, a través del cristal de la puerta que daba acceso al Pabellón, se distinguía cómo se acercaba una silla de ruedas con un paciente, empujada por un enfermero. En ese momento, no podía distinguir claramente la figura de Óscar; pero al abrir la puerta, un nudo en la garganta me sobrevino, hacía muchos años que no se había registrado ninguna fotografía de él. Si me llegan a preguntar si lo hubiera reconocido en otras circunstancias, la respuesta hubiera sido negativa. No se parecía a sí mismo, al menos, a mi recuerdo de él.

El enfermero lo colocó frente a mí y frenó la silla. Él, inmóvil, no despegaba la mirada de la grabadora. Sin más preámbulos creo que innecesarios, encendí la grabadora.

*Click*

*—Hola, Sr. Saavedra, bon día.*

*Su apariencia física me había impactado. Estaba muy envejecido, aparentaba que ya pasaba la cincuentena,*

*cuando me constaba que prácticamente ni la rozaba. Su escaso pelo se había tornado completamente blanco. Su brazo derecho no paraba de temblar. Entre sus exageradas ojeras, aparecía su triste mirada que se mezcló en mi interior con su voz, qué voz, y no pude evitar sonreír al escucharla.*

—¿De qué te ríes?

—*De nada, de nada. Es su voz, que hacía tiempo no oía, y no puedo evitar que me traiga muchos buenos recuerdos.*

*Pese a las reticencias del personal médico, estábamos solos, tal y como yo había pedido; según los facultativos, en principio, y gracias a la medicación, Óscar Saavedra era inofensivo, jamás había protagonizado ningún incidente con nadie. Pero también es cierto, siempre según el Dr. Márquez, que cada vez que Óscar volvía a recordar su pasado, se ponía muy nervioso. Al parecer no lo hacía muy a menudo. Cuando alguien le preguntaba alguna cosa al respecto, decía que en ese lugar había demasiada luz para responder. Nadie entendía nada y nadie insistía. Por suerte, ese día era un día nublado.*

*No estaba apto para salir de allí. Ni siquiera acompañado. Solo su ex pareja, Sra. Beatriz Sanlúcar y su marido, Sr. Javier Zambrano, le visitaban de vez en cuando. Ignoro si ambos sabían de mi presencia aquel día allí, ni qué tipo de relación mantenían entre ellos, si es que mantenían alguna. No osaría preguntarle nada*

## QUIZÁS

*a Óscar al respecto. Yo llevaba demasiado tiempo esperando ese momento como para detenerme en preguntar cosas que, la verdad, ni me importaban; tan solo le preguntaría por su antigua relación sentimental con la Sra. Sanlúcar si durante su relato lo creyese necesario. Simplemente quería que me explicara el porqué de su ausencia. Me lancé al ruedo.*

—¿Cómo está?

—Encerrado. Otra vez encerrado.

—Usted tranquilo, que poco a poco la cosa irá mejor.

»Mientras Él no venga, no pasará nada.

*Al parecer no lograba olvidarse de su secuestrador. No me extrañaba, tuvo que ser una experiencia terrible. Me miró fijamente, y con los ojos, sonrió. No sabía cómo entrarle, cómo empezar, decidí que mejor sería dejarle a él, al fin y al cabo, él era el mejor profesional de la comunicación, o al menos, lo había sido; le pregunté con la pregunta más abierta posible.*

—¿Qué pasó, Sr. Saavedra?

—¿Ya está encendida?

—Sí.

—Pues límitate a escuchar.

*Escuché, grabé y he escrito... A partir de este momento, todo lo aquí escrito, es exacto reflejo de su narración.*

*Ésta es la historia del secuestro de Óscar Saavedra Arenas.*

## *De Seda*

Quizás, me eligieron a mí, y muy a su pesar, me importó.

Quizás, no fuera el más indicado para ello, pero la verdad, tampoco me importaba.

Quizás, los demás esperaban algo más de mí que lo poco que di, aun menos me importó.

Quizás, los demás no lo esperaban de mí, y sí les importó.

Pero, en definitiva, la única verdad era que yo y solo yo, Óscar Saavedra, era el que estaba allí, ésa era mi realidad, y nadie más que yo la conocía; y era allí donde estaba, ajeno a la otra realidad, la de ahí fuera, la vuestra.

Menuda situación.

Secuestrado.

Privado de libertad.

Muerto en vida.

Llorándola.

Totalmente ignorante del suceso desencadenante de esa situación.

¿Por qué? ¿Por qué yo?

Si tengo que definir con una sola palabra aquellos momentos, solo se me ocurre una: tristeza. Más allá de

## QUIZÁS

la rabia, de la ira o incluso de las ganas de salir, la palabra que lo define es tristeza. Sin lugar a dudas.

Lo recuerdo todo como un manto de pena que me envolvía y provocaba en mí las, otrora inexistentes, lágrimas, muchas lágrimas.

En mi vida había llorado tanto, jamás. Además, se daba la circunstancia de que nunca había llorado por mí. Todas mis lágrimas siempre habían sido para otro, en un entierro de un familiar, o viendo alguna película junto a Bea, mi Bea... Pero por mí, por pena hacia mí mismo, nunca, no recuerdo haber llorado nunca.

Creo que quizás nadie llora por sí mismo.

Aquel día, deberían ser ya las cinco o las seis de la tarde, no mucho más. Aquel día, sí se entreveía un poco la luz del día, luego no era de noche, luego era de día, luego no estaba nublado, o quizás un poco, pero no demasiado porque entraba el sol, pero sin fuerza, o luego... qué más da. Volvía a llorar. Qué más me da, si era de día, si era de noche, si hacía frío o llovía, si nevaba o no.

En mi situación, lo de menos era el tiempo que hacía, y lo de más, era el tiempo que pasaba.

La insostenible espera se hace aún más insostenible si uno no sabe qué es lo que espera. Pero una vez puesto todo en la balanza, era más dura la simple espera que el miedo a no saber qué era lo que me esperaba.

Ningún ser merecía estar encerrado de aquella manera, ninguno.

Intentaba mantener mi cabeza fría. No volvería a perder los nervios; de nada me sirvió, tantos golpes, gritos, rabia, para qué, conforme pasaban las horas, los días, quizás semanas, sentía que ya no merecía la pena. «Esperaré a mi final. Simplemente esperaré».

Y mis seres queridos, qué estarían pensando. Yo era un ser querido, para pocos, pero para algunos. Yo, en cambio, no tenía seres queridos, la verdad. Bea era mi único ser querido. Los demás no. Los demás eran seres estimados cuando me convenía y poco más.

Era bien cierto que nunca había sido un santo, ni tampoco había pretendido serlo. Nunca había hecho nada pensando en los demás y todo lo que había hecho lo había hecho pensando en mí y exclusivamente en mí. Y no pensaba pedir disculpas por ello, mi vida era mía y de nadie más.

Hora de gimnasia.

Estiramientos. 40 Abdominales. 25 Flexiones. Respiración. Estiramientos.

Carrera de 200 segundos en puesto fijo. Estiramientos.

Al principio pensé que era una confusión, que se estaban equivocando de persona, que pronto acabaría todo y me liberarían, pidiendo excusas o qué sé yo, pero ya había pasado mucho tiempo, quizás demasiado tiempo.

¿Y la policía qué?, me preguntaba, suponía que alguien, al menos Bea o alguien del trabajo les habría llamado para informarles de mi desaparición. Estarían

## QUIZÁS

investigando, y me encontrarían; era cuestión de tiempo. Pero el tiempo no jugaba a mi favor. Mi deterioro físico tras días de estar encerrado empezaba a notarse. Mi olor, sobre todo, denotaba que llevaba varios días ahí encerrado.

¿Se habría dado cuenta mi captor de que no era yo la persona que buscaba? Seguramente sí.

Estaba casi seguro, al menos, en este instante, que sí, seguro que sí, iba a por mí, seguro, me esperó, actuó y me encerró. Sabía dónde encontrarme, sabía que estaría en el Cino.

Continuamente recordaba lo mismo, una y otra vez. Recordaba unas luces y una sirena, y unas voces diciendo «corre, corre».

Esas voces seguramente me lo dirían a mí, para evitar que mi captor me golpeará, pero al parecer no pude evitarlo; tras golpearme, mi captor elegiría un vehículo veloz que ya tendría preparado y las sirenas de los coches de policía o bomberos, o qué se yo, no pudieron atraparlo.

Después, la puta oscuridad.

En ella, tras tanto tiempo rodeándome, había empezado a tomar decisiones. Como todo en la vida, siempre tomando decisiones, me ennovio con ésta o no, me pongo este jersey o no, estudio esto o no, voy a mear o me espero, siempre decidiendo, siempre.

Había decidido planteármelo todo como un reto difícilmente superable. Mi postura había ido evolucionando,

al principio había sido mucho peor, gritos, insultos, llorar, aporrear la puerta, volver a gritar, volver a llorar, así una y otra vez.

Mis ojos ya no tenían más lágrimas que derramar y mi voz ya se había cansado de gritar. Solo tenía a mi mente que no paraba de lamentar.

Desde el otro lado, la más absoluta ignorancia. Ninguna respuesta. Ahora, ya era diferente. Ya no esperaba respuesta. Él seguía impasible, él era la nada para mí.

Su único gesto era darme de comer, cual gusano de seda, como si él fuera un niño y yo un maldito gusano; a lo mejor esperaba mi evolución, que me convirtiera en un capullo (más de lo que era ya), que me enrocara en mí mismo y en mis pensamientos hasta volverme loco y finalmente convertirme en una mariposa, o que me salgan alas al menos, aunque no las necesite para nada, y cómo no, finalmente morir.

Sí, era posible, me estaba alimentando poco a poco para que me muriese, para que mi propia mente me matara, para que mis poco a poco destrozadas neuronas fueran comiéndose todos mis órganos y finalmente explotasen. Era, entonces, cuestión de días. Esperaría. Por las noches, me acurrucaba con todo mi cuerpo, intentaba tocar con mi nariz mis rodillas, era un desafío, me encantaba.

Mis pensamientos iban y venían, no los dominaba, igual pensaba en una cosa y de repente pensaba en otra y seguidamente en otra distinta.



## QUIZÁS

Yo solo intentaba mantener la cabeza en su sitio, no caer en la desesperación, pero confieso que muchas veces lloré y sentí cómo mi cabeza volaba, volaba y me abandonaba, no distinguía la ficción de la realidad.

No sé si lo que pensaba era real o no. No sabía si mi realidad era la que sentía, o era la que estaba rodeándome. Reflexionando.

Evidentemente nunca me había encontrado en esa situación, y no sé si mis reacciones eran lógicas, tampoco me importaba demasiado. Hiciese lo que hiciese, tenía el convencimiento de que nada iba a cambiar. En mi vida, he conocido casos extraordinarios de fuerza de voluntad, de perseverancia llevada hasta el límite en pos de conseguir algo.

Y es por eso mismo que me dolía tanto haber perdido mi fuerza de voluntad, las ganas de luchar. Tenía la sensación de estar abandonándome, pensaba a menudo en los casos que conocía de lucha y superación, pero no me servían de nada. A la vez, intentaba evadir mi cabeza de pensamientos que en nada me beneficiaran.

En algunos momentos había pensado en acabar con todo y darle carpetazo a esa agonía, pero a la vez, no quería abandonarme. Era la viva contradicción en persona. Yo era una duda en sí misma. Era un signo de interrogación, mi espalda se curvaba hacia delante, dejando a mi cabeza levemente separada, como ida de mi